

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

ITTUN



erein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: Noviembre de 2017

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-236-0

D. L.: SS-1200/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertu@gertu.net

www.gertu.net

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

ITTUN



erein

*A la memoria de D. José Miguel de Barandiaran
cuyo libro “Mitología del Pueblo Vasco”
me ha acompañado desde la niñez y
ha inspirado esta saga de ENDA*

☞ LUGARES ☞

AISO	Areso/Leitza
ARANO	Arano
ARAYN	Etxarri Aranatz
ATHAGUN	Ataun
CUEVA DEL DUENDE	Mendukilo, Astiz
FORTALEZA DE AUZA	Ausa Gaztelu
HOLETI	Olite
ILUNIA / Ciudad de las Mil Torres	Iruña/Pamplona
LAS MINAS /Valle de Andoa	Leitzaran/Andoain
LEKUN	Lekunberri
MONTAÑA DE HIERRO	Zaburu
MONTAÑA DE LA NIEBLA	Artxueta
OXINBERDE	Cascada de Osinberde, Zaldibia
ROCA DEL ÁGUILA	Larrunarri/Txindoki
RÍO ARAKI	Río Arakil
RÍO DE ORO	Río Oria
RÍO RUNA	Río Arga
SIERRA DEL DRAGÓN	Aralar
UX	Untzue / Uxue
VALLE DE LOS CABALLOS	Valle del Oria



Ibi

Montaña de Hierro

Las Minas

RIO DE ORO

Arano

Roca del Aguila

Aiso

Oxinverde

Lekun

Cueva del Duende

Athagui

Arayn

Montaña de la Niebla

ARAKI

RUNA

Munia

Tierra de Enda

Holeti

Ux

❧ PRINCIPALES PERSONAJES DE LA NOVELA ❧

FICTICIOS

ABODI, ugazaba de los arano.

ADELIO, obispo de Ilunia, gauta.

AMABILIA, jefa del clan menosko de Ibi.

ARGAIN, guía de los alio de la Montaña de Hierro.

BAKAR, guerrero ituro, amigo de Xemeno.

DOLKITI, del clan arano.

ENDARA, servidora de la Diosa Amari.

HUBERTO, conde de Holeti, gauta.

IHABAR hijo de Atta, bigorra.

IRKUS, del clan bahr de Ux.

IZAR, hermana de Ona de Agamunda, araki.

LAIANE, hija de Izar, nieta de Mumo, sobrina de Ona de Agamunda, araki.

LEHEN, ugazaba de los araki de Arayn.

LOTARI, hijo bastardo de Ubaldo.

ONA DE AGAMUNDA, mujer sabia de Oxinberde, hermana de Izar, araki.

UBALDO, conde de Ilunia, gauta.

URTUN hijo de Asurdi de Athagun, escudero de Xemeno.

XEMENO hijo de Garr, Guardián de la fortaleza de Auza, ituro.

XURIO, herrero de Arano.

MITOLÓGICOS

AMARI, Diosa Madre de Enda.

ERNIOBE / TALA.

INGUMA EL TENEBROSO, Señor de la Oscuridad.

INTXIXU, duende de Amari.

OZEN, jefe del clan Gentil de los goren.

SUA, dragón plateado.

SUGAAR EL CULEBRO, compañero de Amari.

TTARTALO COMEHOMBRES, gigante de un solo ojo.

La noche había caído para cuando Urtun hijo de Asurdi llegó a la borda. A medio camino, la luna había quedado completamente oculta por unos nubarrones negros, y no le gustó. Era un mal presagio, una premonición de los malos vientos que se avecinaban por el Este. *Gorrixka*, su perro, caminaba a su lado sin perder el paso y eso tampoco era una buena señal. El animal siempre corría por delante y esperaba a que él llegara a su altura para continuar su carrera; disfrutaba más que él mismo sintiéndose libre en la montaña, solo, sin ataduras. Pero esta vez no se había separado ni un palmo, y se le notaba nervioso. Penetraron en la borda, el joven cerró la puerta y echó la tranca. El fuego estaba encendido, y el hombre, sentado en un *triku*, le daba la espalda.

—Llegas tarde... —oyó decir en un tono profundo de voz, y sintió un estremecimiento.

Tragó saliva, se aproximó al fuego y se puso en cuclillas, alargando las manos para entrar en calor.

—No he podido subir antes, me vigilan.

—¿Quién?

—Negu el Viejo.

—¿Sabe algo?

—No, que yo sepa...

—¿Por qué iba a vigilarte entonces?

—No lo sé, tal vez sospecha algo.

—¿Tiene motivos?

Urtun tragó saliva de nuevo. Él no había dicho a nadie nada sobre el asunto, pero todo se sabía en el valle de Athagun; todos estaban al tanto de lo que hacían los demás o de lo que no hacían. Negu el Viejo era el más enterado; no en vano pasaba la vida sentado a la puerta de su chabola, controlando las idas y venidas de sus vecinos, y no se le escapaba ningún movimiento, bronca o amorío de los contornos.

—Te veo inquieto... —le había dicho al verlo pasar, de vuelta a su casa.

—Pues no lo estoy —respondió él a la defensiva.

—Algo te traes entre manos, Urtun hijo de Asurdi —insistió el viejo—. A los demás podrás engañar, pero no a mí.

Él no respondió, pero de buena gana habría soltado una patada al banco de madera y lo habría lanzado cuesta abajo con su ocupante encima. Todo aquel asunto comenzaba a escapársele de las manos y, en efecto, Negu el Viejo tenía razón, estaba inquieto. Aquella misma mañana, habría jurado por sus muertos que no había en el valle nadie tan feliz como él. En mala hora su camino se había cruzado con como quiera que se llamara, pues en ningún momento le había dicho su

nombre. ¿Quién lo mandaba a él meterse en aventuras? Aunque era el más joven de cuatro hermanos, no tenía que preocuparse por su futuro, como les ocurría a otros, pues su familia estaba en hablas con la de Ania de Urki para disponer su unión. Ella era hija única, así que, con el tiempo, él también sería propietario. ¿Por qué entonces se había dejado engatusar por aquel hijo de Inguma salido de la nada?

—No, no tiene motivos —respondió finalmente—. Pero dicen que es agorero y que puede leer la mente de los hombres.

—¡Bobadas! Los agoreros son unos farsantes; hacen creer a la gente que saben muchas cosas y sólo inventan y sonsacan a los incautos, para que les cuenten sus problemas y así poder responder a sus preguntas.

—No sé...

—Bien. Dormiremos unas horas y saldremos antes del amanecer a fin de aprovechar las primeras luces.

El joven afirmó con un gesto de cabeza, se envolvió en el *kapuzai*, se tumbó junto al hogar, apoyó la cabeza en su morral y cerró los ojos. *Gorrixka* se apretujó a su lado, y él se sintió reconfortado al sentirlo cerca. El hombre permaneció un rato más sentado con la mirada puesta en el fuego; después, separó un poco los troncos para hacer brasa y también se tumbó sobre el suelo de tierra tras asegurarse de que la madera no ardería. Había que andarse con cuidado; más de uno había muerto abrasado por dejar la lumbre encendida.

Urtun tenía los ojos cerrados y cualquiera hubiera dicho que dormía, pero no dormía; no podía. La cabeza le daba vueltas, presa de una gran excitación, pero también de temor.

El forastero lo había abordado aquella misma mañana, en el momento en que ascendía con las ovejas al prado de arriba. Por un momento, creyó que se trataba de un caminante extraviado que buscaba el camino hacia la gran Ilunia, la Ciudad de las Mil Torres, en la que él jamás había estado. No era extraño avistar viajeros procedentes de la costa, también carreteros con pescado fresco, seco o en salmuera, así como con mejillones, ostras y aceite de ballena. En Ilunia se pagaban bien los productos del mar. Incluso su madre solía adquirir una jarra de aceite para mecha y algunos peces a trueque de alubias o harina de mijo, aunque él jamás había probado uno de aquellos bichos con los ojos saltones que parecían se les iban a salir de las órbitas. El hombre cabalgaba a lomos de un caballo, lo cual denotaba que no era un sin tierra, e iba embozado en una capa con capucha que le cubría el cuerpo hasta los pies y no dejaba apercebir su vestimenta, pero él tenía buen ojo. Las muñecas protegidas por brazaletes de cuero, y los pies calzados con abarcas cerradas y tobilleras, además del bulto que sobresalía bajo la capa a la altura de su cintura, un pomo de espada, revelaban que se trataba de un guerrero. Lo sabía bien. También llevaban brazaletes y tobilleras los miembros del grupo que aparecieron por el valle dos inviernos atrás con la misión de llevarse con ellos a los jóvenes dispuestos a luchar. Él se quedó con las ganas de acompañarlos; el padre puso el grito en el cielo cuando dio un paso al frente, y tampoco ayudó el hecho de que fuera casi un muchacho. El jefe le miró con sorna y le dijo que ya tendría tiempo de guerrear cuando fuera un hombre. Nunca había sufrido humillación semejante, pero olvidó el mal trago al saber de los tratos con la familia de Ania. Todos sus

pensamientos, desde entonces, habían sido para su futura mujer y su vida junto a ella. Hasta aquella mañana.

—¡Eh! ¡Mozo! ¿Conoces bien el valle? —le preguntó el forastero sin tan siquiera saludarlo.

—Como la palma de mi mano —respondió él ufano.

—¿Sabes cómo llegar a la fortaleza de Auza?

—Sí... pero... uno puede perderse con mucha facilidad por esas veredas.

—Te daré un tremis de plata si me llevas —dijo el hombre mostrándole una moneda reluciente.

—Está prohibido acercarse a la fortaleza...

—No para mí.

—Pronto oscurecerá y...

—Dime entonces dónde puedo pasar la noche.

Nunca había visto una moneda de plata y no supo disimular su interés. Subió con él hasta la suave hondonada donde se encontraba la borda que le servía de refugio, caía el granizo, y quedaron en verse allí al anochecer. Regresó al poblado antes de lo acostumbrado, ya que tenía que pensar en algo para justificar su ausencia durante la siguiente jornada; el hombre había insistido en que nadie, nadie debía saber que él estaba allí. Esgrimió como excusa haber oído decir que había sido apercebido un ciervo macho de enorme cornamenta en las cercanías de Roca del Águila, y que pensaba salir en su búsqueda a la mañana siguiente. Era un excelente cazador y el encargado de proveer carne a la familia, así que los padres no sospecharon que fuera a hacer otra cosa y, tras cenar un cuenco de potaje, salió de la cabaña en cuanto ellos se quedaron adormilados junto al fuego. *Gorrixka* lo siguió en silencio, como si entendiera que no se trataba de un

simple paseo. No encontraron a nadie en el camino. Por suerte, el cielo amenazaba tormenta, y el frío era tan intenso que ni siquiera el fisgón de Negu el Viejo había aguantado a la intemperie y se había refugiado dentro de su chabola.

Sentía una mezcla de aprensión por exponerse a una situación anómala en compañía de un desconocido y, al mismo tiempo, de excitación. Auza era un lugar prohibido para los habitantes del valle. Que él supiera, nadie osaba acercarse a más de cien pasos de la gigantesca torre, levantada sobre un alto despoblado, desde que varios hombres del valle lo intentaron en una ocasión, cuando él todavía no había sido destetado. Fueron recibidos con una lluvia de dardos de aviso, a fin de que no continuaran avanzando. Ninguno resultó herido, excepto Heren, el hermano de su madre, quien quedó cojo al salir huyendo, tropezar y caer rodando por la pendiente hasta ir a estrellarse contra una roca; su pierna derecha se quebró como una rama seca y no recuperó la movilidad. Desde entonces, no dejaba de hablar de aquello e insistía, una y otra vez, en lo peligroso que era aproximarse a la fortaleza. A pesar de todo, él y varios mozos de su edad se habían aventurado en un par de ocasiones, si bien habían permanecido a una distancia suficientemente alejada para no arriesgarse. De hecho, no se apreciaba ningún movimiento, y llegaron a pensar que sus moradores habían abandonado el lugar. Sin embargo, la segunda vez que se atrevieron a acercarse, pudieron observar la llegada de cuatro jinetes a quienes se les abrió el portón, desapareciendo tras los muros aparentemente infranqueables. Heren el Cojo y otros estaban convencidos de que el lugar era morada de los espíritus malignos, servidores de Inguma el Tenebroso, pues ¿de

qué se alimentaban? Nunca se les había visto cazar por los alrededores, y tampoco disponían de un pozo de agua que se supiera. Otros opinaban que se trataba de una avanzadilla de los gauta, los invasores, cuya irrupción en las regiones del Sur había provocado un gran temor en Tierra de Enda, y que se encontraban allí para disponer la invasión de todo el territorio. Fueran lo que fuesen aquellos individuos, quizás tuviera él la oportunidad de verlos de cerca. Finalmente, logró dormirse, aunque más bien le dio la impresión de haber echado una siestecilla al despertar sobresaltado en lo más profundo de su sueño, zarandeado sin miramiento alguno.

—Nos vamos —fue todo lo que dijo el extraño.

Todavía no era de día, había nevado, y las veredas habían desaparecido de la vista. No obstante, Urtun conocía bien el terreno que pisaban y lo condujo sin vacilaciones hasta Auza. El hombre marchaba a pie, asiendo a su caballo por el ronزال y, a la vista de la fortaleza, le entregó la moneda prometida a modo de despedida y montó de nuevo. Justo en ese momento, el cielo se tornó negro y descargó una tormenta de nieve y agua con todo su aparato de rayos y truenos. Asimismo, el viento sopló con una fuerza inusitada que tiró al joven al suelo. Viéndolo desamparado cualavecilla caída del nido, el caballero le hizo un gesto con la cabeza indicándole que lo siguiera, y juntos atravesaron el portón, que se abrió cuando el hombre, brazo en alto, mostró un extraño objeto que llevaba colgado al cuello. *Gorrixka* entró tras ellos; parecía un zorro apaleado con su pelo rojizo empapado, pegado al cuerpo, y el rabo entre las piernas. Instantes después, se hallaban en una celda en la que podían verse un brasero de carbón, un catre y un taburete con una

palangana y una jarra con agua encima. Un agujero en el muro que dejaba entrar la luz permitía también atisbar la cumbre nevada de Roca del Águila, la Montaña Sagrada, en medio de la tormenta.

Urtun contempló atónito cómo el hombre se desprendía de la capa, dejando a la vista una magnífica zamarra de cuero repujado con extraños símbolos, en cuya pechera brillaba un medallón del tamaño de la palma de una mano, el mismo que había mostrado a los guardianes. También se fijó en las calzas de cuero, protegidas por pantorrilleras de lana, y en la espada de filo brillante cuyo pomo había adivinado bajo la capa. Después levantó la vista. Era la primera vez que le miraba cara a cara, puesto que, hasta el momento, solo había podido discernir su barba debido a la capucha que le cubría la mitad del rostro, y sintió un estremecimiento. El hombre era alto y musculoso, de mirada penetrante; el cabello cubría sus hombros y una cicatriz cruzaba su frente partiéndola en dos. Ciertamente tenía el aspecto de un guerrero poderoso, y temible. Se lo imaginó en plena batalla, manejando el arma, luchando contra sus enemigos, cortando cabezas...

—¿Y cuál es tu nombre?

La pregunta lo sobresaltó, y dio un respingo.

—Urtun.

—¿Bastardo?

—Urtun hijo de Asurdi.

—Eso está mejor. Enciende el fuego y seca tu ropa mojada.

Y sin esperar respuesta, el hombre salió de la celda y lo dejó solo y tiritando, no supo si debido a la mojadura o al temor.

—¿Y con qué diantres quiere que encienda el fuego?
—exclamó en voz alta para darse ánimos.

Con las prisas, había olvidado en la borda el morral donde, entre otras cosas, siempre llevaba un par de piedras de chispa. Se desprendió del abrigo de piel de oveja y constató, satisfecho, que la humedad no había traspasado a la camisa de lana, si bien calzas, medias y abarcas chorreaban. Decidió ir en busca de un pedernal, un tizón o algo parecido, con que encender el brasero, y salió de la celda.

—Tú espera aquí —le dijo a *Gorrikska* antes de cerrar.

El pasillo se hallaba en penumbra, aunque era posible distinguir una fila de puertas que, con toda probabilidad, darían a otros tantos cubículos, así que se aventuró por la estrecha escalera de piedra con la esperanza de encontrar la cocina del lugar, o al menos una chimenea encendida en la que procurarse un tizón. No había acabado de descender los últimos tramos cuando unas voces detuvieron su avance. Se pegó al muro cual lagartija al sol y, más que bajar, se deslizó hasta un recoveco oscuro desde donde vislumbró una gran sala. Estaba iluminada por numerosas antorchas sujetas a los muros mediante argollas, velones sobre soportes de hierro y, sobre todo, por los troncos que ardían en una chimenea, que lo dejó estupefacto; jamás había visto una de semejante tamaño. Pese a ser de día, apenas entraba la luz del exterior a través de unas saeteras que permitían el paso del aire a fin de paliar el olor a cerrado que se respiraba en el enorme espacio. Urtun contempló asombrado el techo de madera ornado con figuras y signos de colores, los pesados tapices que cubrían los muros y el tablón que servía de mesa a la que se sentaban una veintena de hombres, todos ellos con los mismos medallones

sobre el pecho. Hablaban a la vez, y había palabras, frases que no entendía, así que aguzó bien el oído para enterarse del motivo de la discusión.

—Debemos esperar a que avancen hacia aquí —escuchó decir al que aparentaba más edad, un hombre con una espesa melena y barba blancas.

—¿Para que nos pillen en una ratonera? —inquirió el que estaba a su lado, y cuyos rasgos no podía distinguir.

—Quizás sería conveniente parlamentar con ellos...

—¡Es preciso atacar ya! —dijo otro levantando la voz.

—¿Con qué? No tenemos ejército. Somos cuatro y una vieja y ni siquiera somos capaces de ponernos de acuerdo. Vendrán y acabarán con nuestros pueblos, lo sé, lo he visto en el Norte. Los he visto destruir ciudades enteras, quemar los campos, robar los ganados, violar y matar a hombres, mujeres y niños. Son miles y tienen máquinas de guerra que nadie aquí ha visto jamás.

Los presentes escuchaban en silencio las palabras del misterioso guerrero a quien Urtun había acompañado hasta la fortaleza.

—¡Exageras! Los gauta no harán nada de eso; son muy diferentes a los frei.

Un hombre vestido con una larga túnica de lana de color granate con bordados en pechera y mangas, se levantó de su asiento, situado justo enfrente del otro.

—Únicamente desean llegar a un acuerdo con los hijos de Enda —prosiguió.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque he tenido oportunidad de tratar con ellos. Su rey no pretende conquistarnos ni destruirnos, busca una

alianza para el bien de ambos pueblos. Nosotros le proporcionaremos guerreros para luchar contra los frei, y él, a cambio, nos dará su protección. Yo mismo puedo organizar un encuentro.

—¿Quién has dicho que eres? —preguntó el forastero.

—Alarabi de los bareto. ¿Y tú?

—Mi nombre es Xemeno hijo de Garr hijo de Keio, el vencedor de los frei en la batalla de Larro, y yo mismo vencedor de los enemigos de Enda en las llanuras de Heleta.

Se había levantado de su asiento y, durante unos instantes, se hizo un silencio tan denso que Urtun temió que su respiración pudiera oírse; estaba atónito. No había quien no conociera el nombre del guerrero cuya fama había llegado hasta el último rincón de Tierra de Enda. Se contaban historias increíbles sobre su padre y sobre él, ambos invictos guerreros contra los invasores del Norte. ¡Y él había sido su guía!

—Alarabi de los bareto, ¿no tienes padre? —lo escuchó decir.

El hombre se había quedado mudo y vaciló antes de responder.

—Mi padre se llamaba Zilar...

—¿Fue él quién te dio ese *ittun*? —volvió a preguntar mirándole fijamente a los ojos y señalando el medallón.

—No... bueno... Mi padre murió cuando yo era niño, y fui adoptado por un guerrero del clan.

—¿Su nombre?

—Unmarilun Elanoa...

No tuvo tiempo de decir nada más. Ante la estupefacción de los asistentes a la reunión, Xemeno sacó el cuchillo

que llevaba escondido en su pantorrillera derecha y lo lanzó directamente al pecho del tal Alarabi, quien se desplomó sobre su asiento con la sorpresa plasmada en la mirada.

En un instante, el atacante estaba a su lado, asió el medallón del herido y se lo puso delante de lo ojos.

—¿De dónde has sacado este *ittun*? —preguntó sin elevar la voz— Y no me digas que te lo dio Unmarilun Elanoa porque yo sé que eso no es cierto. El hijo de perra nunca fue un Guardián del Pacto, solo tenía un hijo que murió y no adoptó a ningún otro; no tuvo tiempo. La Diosa lo condenó a vagar en soledad como la bestia salvaje que era, y dudo que siga vivo. Así que contesta, ¿de dónde lo has sacado?

—Lo encontré...

—¿Dónde?

—Era de un hombre llamado Dolkiti..., del clan arano...

Alarabi jadeaba mientras la sangre oscurecía su hermosa pechera bordada.

—¿Se lo robaste?

—No... sí...

—¿Y qué haces aquí haciéndote pasar por uno de nosotros?

—Los gauta... los gauta me pidieron que intercediera, ten piedad.

Con un rápido ademán, el otro extrajo el cuchillo del pecho y lo degolló a continuación.

—Esta rata era un delator, un vendido a los enemigos de nuestro pueblo —sentenció con tranquilidad.

Limpió el arma en la túnica granate antes de devolverla a su sitio; arrancó el medallón del cuello del muerto;

miró uno a uno a los hombres sentados alrededor de la mesa, que continuaban mudos de estupor, y después dirigió la vista hacia el oscuro recoveco junto a la escalera, donde, instantes antes, se había escuchado un gemido angustiado.

Urtun corrió escaleras arriba lo más rápido que fue capaz y, en cuanto entró en la celda, se abrazó a *Gorrixka* y hundió la cara en su pelambreira, todavía húmeda.

– II –
ARAKIA

La paz del valle, solo rota por los cencerros de las ovejas y los graznidos de las águilas que anidaban en lo alto de la montaña, se vio de pronto interrumpida por la llamada del cuerno. Laiane conocía bien dicho sonido, lo había escuchado desde que era una niña, había crecido con él. A menudo, acompañaba a su abuelo hasta la cumbre; contemplaban desde lo alto la tierra que los rodeaba, el vuelo de los pájaros, el cielo, y él hacía sonar el cuerno si se avecinaba la tormenta, si se veía algún fuego allá abajo, si el deshielo amenazaba avalanchas e inundaciones, o si la calma reinaba en la comarca de los araki. Cada llamada tenía su propia voz, y todos los habitantes sabían cómo transcurriría la jornada gracias al buen oficio del viejo bocinero. La joven también conocía la llamada de la muerte. Nunca había entendido cómo el padre de su madre sabía que alguien había fallecido, incluso en las cabañas más alejadas, al otro lado del río, pero lo sabía y avisaba a sus vecinos. Esta vez

el cuerno anunciaba una muerte, y ella sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo hasta la raíz de los cabellos. El abuelo había partido antes del amanecer, sin hacer ruido, sin despertarla. En ocasiones lo hacía; se iba sin decirle nada y regresaba después con hambre, dispuesto a zamparse un par de huevos fritos en tocino acompañados de unos talos, y en ello estaba, amasando la harina de mijo para prepararlos.

Los vio a lo lejos, a eso del mediodía; cuatro pastores caminaban en dirección a la cabaña. Llevaban un cuerpo, y supo que era el de la única persona que le había mostrado cariño desde que tenía edad de razonar, nadie más lo había hecho. Él no quería hablar del asunto pero, ya crecida, consiguió que le explicara el porqué del trato poco amistoso hacia ella de los habitantes de Arakia durante las asambleas en el baluarte de Arayn, la Fiesta de la Cosecha, la del Parto de la Diosa, o la de la noche más larga.

—Tu madre quebrantó la ley —le dijo por fin una noche, junto al fuego, en que por enésima vez le preguntó la razón de la animosidad que sentían hacia ella.

—¿Qué ley?

—La de la costumbre, la que desaprueba que una araki se una a un extraño. Tu padre era un guerrero del baluarte, aunque nunca se supo quién era en realidad, pues no pertenecía a ningún clan conocido en este territorio. A tu madre no le importó; se unió a él, y naciste tú. La gente se habría acostumbrado, no era el primer caso, pero...

El abuelo calló y apretó los labios.

—Pero... ¿qué? —lo apremió ella.

—Pero había algo más... Izar no era una criatura como las demás. Tu abuela, mi compañera, tampoco lo fue.

Hablaba a intervalos, como si le costara un tremendo esfuerzo pronunciar las palabras, y ella intentaba reprimir las ganas de acuciarlo para saber más.

—Tu madre fue un ser muy especial —prosiguió tras un largo silencio—, igual a la suya y a las mujeres que la precedieron, aunque ella lo fue aún más, y corrió el rumor de que era... de que era... una... una hechicera.

Le había costado admitirlo, casi toda una vida, pero al final lo había dicho. A Laiane le dio la impresión de que se quitaba un peso de encima y le miró como a un desconocido que le estuviera hablando de algo extraño, ajeno a ella. Y ajeno también a la reacción de su nieta, el viejo bocinero continuó hablando con la mirada perdida.

A Izar, la mujer más hermosa de los contornos, solo le faltaba volar para ser tomada por la misma Amari que habitaba en Roca del Águila. No había otra igual a ella; su risa sonaba a campanillas, y su mirada del color del agua veía a través de los ojos de los demás y era capaz de pronosticar el mal que aquejaba a quien la consultaba, y de curarlo, si es que tenía cura. Dominaba el conocimiento de las plantas, interpretaba el sonido del viento, leía el curso del río y de las fuentes. Era respetada y, al mismo tiempo, temida. Su unión con alguien ajeno al clan fue solo la disculpa para apartarse de ella, y el nacimiento de su hija no hizo más que empeorar las cosas. El guerrero que la hizo madre partió, nunca más se supo de él, y ella no se repuso del parto, o quizás de la pena por el abandono del hombre que amaba; murió durante el siguiente invierno. El rumor que corrió por el valle fue que, siendo capaz de sanar a otros, no había podido curarse a sí misma como castigo por atreverse a competir con

la Diosa. Él lloró la pérdida de la hija y adoptó como propia a la nieta, pero los araki no olvidaban con facilidad y estaban convencidos de que la niña había heredado las misteriosas aptitudes de la madre. No se atrevían a decirlo en voz alta y mucho menos estando él presente, pero sabía que algunos la llamaban la “pequeña hechicera” y, por dicha razón, no le permitía bajar sola al baluarte y se obstinaba en criarla como a una joven normal, en mantenerla siempre ocupada, reprendiéndola si observaba que se perdía en ensoñaciones, sin jamás hablarle de la mujer que la había traído al mundo y a quien, a medida que crecía, se parecía cada vez más.

Laiane tardó tiempo en asimilar la información; deseaba interrogar a su abuelo, saber, pero el anciano no volvió a mencionar el asunto y se cerró en sí mismo como nunca antes lo había hecho, siendo ya de por sí un hombre callado. Ella intentó averiguar por su cuenta si había heredado algunos de aquellos poderes que su gente atribuía a la madre a quien no recordaba. Al principio, no notó nada que pudiera hacerla sentir diferente a cualquier otra muchacha de su edad, pero, tal vez porque ahora prestaba atención a ciertos detalles, fue descubriendo señales a las que antes no había prestado atención, incluso las más inusuales, como su habilidad para reconocer las hierbas, o para saber de antemano en qué momento preciso descargaría la tormenta; discernía cualquier sonido del bosque y solo tenía que meter la mano en el agua del riachuelo para que los pececillos se dejaran acariciar por ella. Hasta entonces, aquello le había parecido natural, un juego, pues se había criado en plena Naturaleza y era parte de ella. No obstante, el abuelo también había pasado allí toda su vida y era incapaz de saber que una oveja

estaba preñada hasta que no se le empezaba a hinchar el vientre. Ella lo sabía nada más mirarle a los ojos; y lo mismo le ocurría con las vacas, las yeguas o cualquier otro animal.

Ahora, después de que los pastores hubieran depositado el cuerpo sobre el catre junto al fuego y se hubieran marchado, mientras lo desnudaba y lo lavaba antes de vestirlo de nuevo con su mejor ropa, a fin de prepararlo para la *gau-ila*, recordó que la víspera había visto la muerte en sus ojos, y dicha constatación la dejó anonadada. Intuía cuando un animal iba a morir, pero esta vez había sido diferente; la mirada de su abuelo había desaparecido durante unos instantes oculta por una mancha negra, igual a la del fondo de un pozo sin agua. Tuvo un sobresalto, pero lo achacó a las caprichosas sombras que el fuego del hogar proyectaba en la estancia y se olvidó de ello pues, al momento, volvió a encontrarse con la siempre amable mirada del anciano a quien veneraba. Así pues, era cierto, su gente tenía razón, ella no era como las demás jóvenes araki; alguien capaz de ver la muerte con antelación no era un ser normal. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, no supo si debido a la pena por la desaparición de su único referente en la vida o a la confirmación de que, aunque todavía no fuera del todo consciente, ella era en verdad una hechicera.

A lo largo de la jornada fueron llegando hombres y mujeres de todos los rincones para honrar a quien durante incontables inviernos había sido la voz del valle. A lo largo de la noche, en la humilde cabaña de Mumo el Bocinero, se escucharon sentidas endechas de elogio, ni una de ellas fue de reproche, también melodías improvisadas que hablaban de su paso por la vida. Todos lo respetaban y, a su modo, lo

apreciaban, y así lo demostraron aportando comida y bebida para la *gau-ila*. La Noche de la Muerte debía ser digna del difunto; velaron el cadáver, dispusieron la cama de leños y prendieron el fuego con las primeras luces del amanecer en medio de una gran nevada que cesó justo en aquel preciso momento, como si la Naturaleza quisiera asimismo ser partícipe de la ceremonia. Nadie se ocupó de la muchacha, quien permaneció durante toda la vela junto al cuerpo, con la mirada fija en el rostro que ya no volvería a ver; nadie le dirigió la palabra, todo lo más alguna mirada de conmiseración, y también de inquietud. Tras recoger las cenizas e introducir las en una pequeña vasija, se le acercaron tres hombres con aspecto grave. Reconoció al *ugazaba* del valle por haberlo visto en un par de ocasiones en el baluarte, la enorme construcción de piedra con torreones que se alzaba a la orilla del río; los otros dos le eran completamente desconocidos.

—Desde mañana, Lokiz ocupará el lugar de Mumo como bocinero, y también la cabaña —le anunció el jefe señalando a uno de sus acompañantes—. Tú serás su mujer de ahora en adelante.

Los vio marchar sin haber abierto la boca, la vasija de las cenizas en las manos, la mente en blanco y, en las retinas, la imagen del hombre con aspecto de bruto que la había examinado de abajo arriba y había torcido el gesto al comprobar que sus pechos apenas se apreciaban bajo la toquilla. Antes del mediodía, en cuanto ya no quedó nadie por los alrededores, se puso encima toda la ropa de la que disponía: dos faldas, dos camisetas de lana, una camisa también de lana, un corpiño, dos pares de medias la toquilla y la vieja

capa que había sido de su madre. Metió las cenizas en una bolsa de tela, junto a una pequeña azada y la única propiedad verdaderamente suya: un peine de asta de ciervo; cogió el bastón de su abuelo, echó una última mirada al lugar en que había crecido e inició la marcha en la nevada. Conocía bien el camino hacia uno de los lugares de enterramiento de los antiguos, aunque tuvo que dejarse llevar por el instinto, puesto que la senda había desaparecido. Alcanzó su meta cuando aún había luz, y le costó encontrar el círculo de piedras cubierto por la nieve, logró por fin dar con él y cavó un hoyo donde depositó las cenizas; lo cubrió de nuevo e invocó a la Diosa para que acogiera en su morada al único padre que había conocido. No había dormido, no había comido ni bebido desde la víspera y estaba agotada por el esfuerzo de la subida; se deslizó sobre el suelo nevado, sin fuerzas, aceptando el final a la espera de reencontrarse con sus antepasados, cerró los ojos y se quedó dormida.

No reconoció el lugar al despertarse, y lo primero que le vino a la cabeza fue que, en efecto, había traspasado el umbral de los muertos y que se hallaba en una de las moradas de Amari, cálida y acogedora, si bien le sorprendió que, según se decía, los muros no estuvieran recubiertos de oro. Luego se dio cuenta de que no era un espíritu; seguía siendo de carne y hueso y no se encontraba en un lugar mágico, sino en una cueva de las utilizadas como establo por los pastores, ni grande ni pequeña, de techo más bien bajo y con una abertura suficiente para permitir el paso de la luz, pero no los vientos y la lluvia. Se hallaba encima de un lecho de hierba seca, cubierta con varias pieles, y las llamas de una pequeña hoguera se reflejaron en sus pupilas.

—Por fin despiertas —escuchó decir y se incorporó asustada.

No conocía a la mujer que, sentada junto al fuego, le miraba sonriente. Había en ella algo que le resultaba familiar, si bien no lograba averiguar de qué se trataba.

—Me llamo Ona de Agamunda —se presentó.

—¡La hechicera! —no pudo evitar exclamar.

La mujer se echó a reír, y su risa divertida resonó en todos los rincones de la gruta.

—Así es —dijo sin dejar de sonreír—, así me llaman las gentes ignorantes que a ti también te desprecian y temen, pero, tranquila, no soy peligrosa, querida Laiane hija de Izar, mi añorada hermana.

Abrió la boca sorprendida, sin que una palabra saliera de su boca. ¿Cómo sabía la mujer su nombre? ¿Cómo que era hermana de su madre? Su madre era hija única. ¿Cómo podía saber que no era apreciada entre su gente? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cuánto tiempo había dormido? Las preguntas se sucedían en su cabeza sin encontrar respuesta.

—Yo elegí tu nombre. Izar era mi hermana gemela, nos separaron al nacer; nuestros padres se quedaron con ella y a mí me entregaron a la Dama, pero nunca dejamos de estar en contacto desde que fuimos capaces de entender lo ocurrido, cuando todavía éramos muy pequeñas. Siempre he estado a tu lado, te he visto crecer y también la forma en la que te trataban las gentes de Arakia. Estuve en la *gau-ila* de tu abuelo, mi padre; te seguí cuando emprendiste el camino a la mañana siguiente y te traje hasta aquí al quedarte dormida sobre la nieve. Ocurrió hace dos noches.

Había respondido a todas sus preguntas sin tan siquiera haberlas ella formulado. ¿Cómo era eso posible? Jamás había visto a aquella mujer.

—¿Puedes volverte invisible? —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—No. Pero no se ve lo que no se espera ver, aunque lo tengamos delante. Y si te vale de algo, jamás habría permitido que ese bruto te llevara al lecho e hiciera de ti su compañera.

De nuevo, el sonido de la risa inundó la gruta, y la joven recordó las palabras del abuelo: “su risa sonaba a campanillas”, igual que sonaba la de la hermana de su madre a quien acababa de conocer. Un súbito pensamiento le cortó la respiración: si ellas eran gemelas, significaba que por primera vez contemplaba el rostro de su madre. Aun con el cabello y los rasgos de una mujer madura, la mirada joven de unos ojos del color del agua revelaba tal amor hacia ella, que la emoción le arrancó un sollozo desde lo más profundo de su ser, tan intenso, que por un instante creyó que se ahogaba.